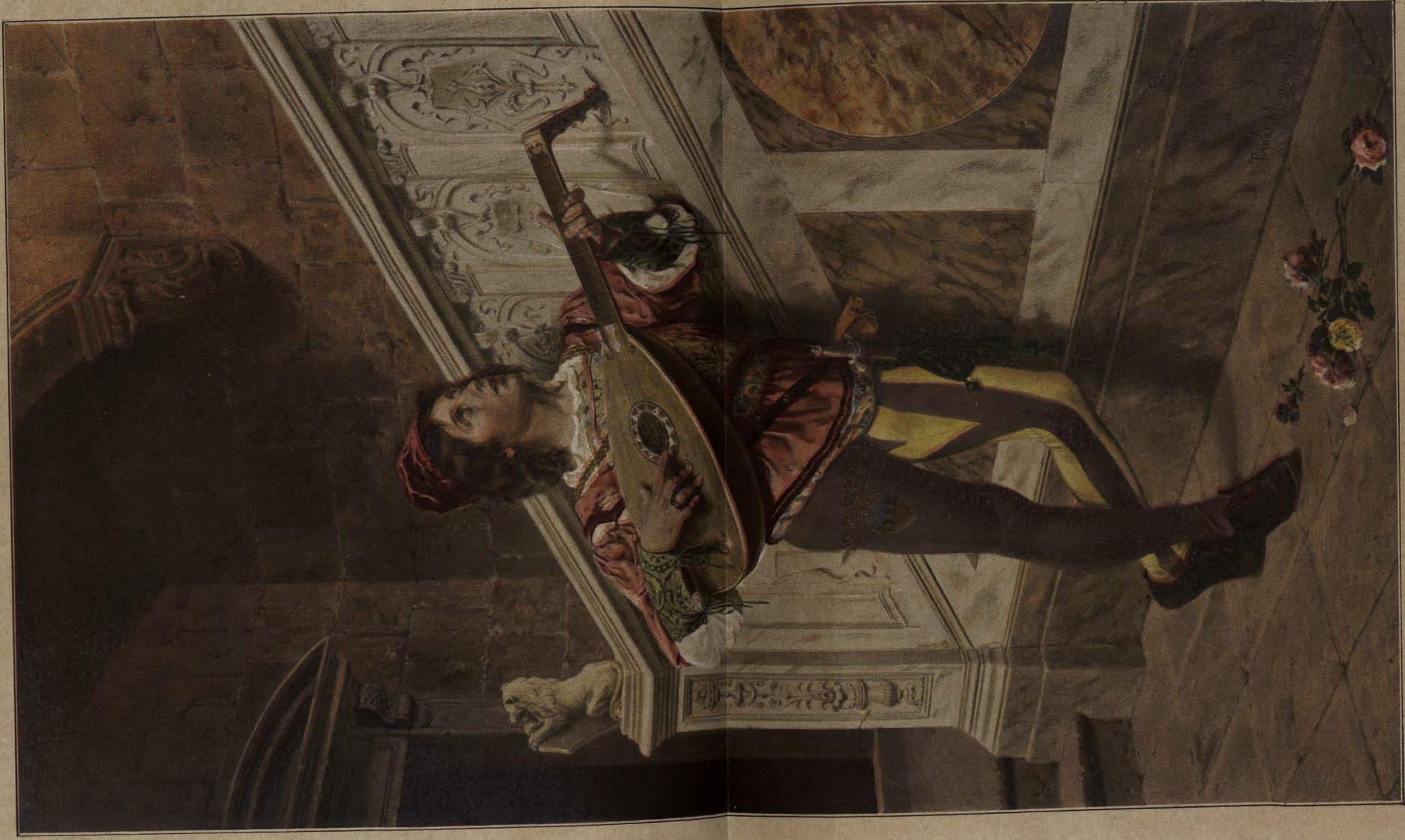


TOMÁS MORAGAS



CANTO DE AMOR

INMORTALES AMERICANAS

INÉS SPRINGER

Es la hermosura un don del cielo y ha tenido en todos tiempos el privilegio de la inmortalidad. En la remota historia de los pueblos, han quedado consignados los nombres de aquellas mujeres que ejercieron singular influjo por sus encantos sin par, y llegaron á ceñir diadema regia, conquistada por sus perfecciones físicas y por el relieve del talento, la varonil energía ó la alteza de las virtudes, que dieron á Suziana Pan-tea, una página perdurable en los anales históricos del Asia Menor.

La beldad de Semíramis la hizo compañera de uno de los soberanos más poderosos de la antigüedad, y la gran reina fundadora de Babilonia pasó triunfante sus banderas por los pueblos Medas, por las agrietas y enmarañadas soledades de Abisinia, por lugares donde jamás habíase posado planta humana.

Aquella mujer de belleza arrebatadora contempló con la mirada de guerrero inmensos territorios, y con la iniciativa que le era característica, con la fuerza de su voluntad, acometió empresas gigantescas, cambió la marcha de ríos caudalosos, y transformó en edenes risueños y pintorescos, las áridas é incultas cimas y los empinados peñascales.

Gran parte de sus triunfos los debió Semíramis á la magia de sus gracias incomparables, que paso á paso la encumbraron hasta donde jamás hubiera soñado su ambición.

En Francia, en Italia y en España, en todo el universo entero, tuvieron, en épocas no muy lejanas, y casi en nuestros días, grande importancia en la política, algunas mujeres que brillaron tanto por su viveza intelectual como por los hechizos con que la naturaleza las había dotado; sería prolijo enumerar á todas aquellas que han ejercido poder omnímodo y han dominado á grandes y á pequeños, con el incontrastable ímán de sus hermosos ojos y con la seducción de su tiránica hermosura.

Dicho está que si la gentileza atrae y cautiva, que si la gracia ejerce tan poderoso imperio, la grácil belleza en todo su esplendor domina sin rival, y es en ocasiones la fuerte palanca en los más trascendentales acontecimientos que señalan época en la historia de las naciones.

En el antiguo pueblo romano, belicoso, dado á la vida del campamento y al continuo guerrar, se demostró más de una vez el incontrastable dominio de la seducción femenina y de la grandeza de alma unida á las perfecciones físicas.

Confieso que he tenido siempre preferencia por la belleza correcta, inspiradora de las sublimes creaciones artísticas.

Me enamora el buen gusto, la elegancia natural, y todo aquello que pueda realzar los atractivos de mi sexo en el terreno clásico, apartándome por entero de lo vulgar que empequeñece y anula á la mujer diosa, á la mujer reina, á la mujer astro de luz, de armonía y de aromas, á la mujer verdaderamente hermosa, en toda la extensión de la frase, que posee además del singular atractivo físico el arte incomparable de seducir con los celestiales ojos, con su porte airoso, con su sonrisa, y que al atraer las miradas por el conjunto de su persona, habla á la vez al corazón, porque el alma generosa se refleja en el semblante.

Admiradora de lo escultórico, de la belleza en suma, obra maestra de la naturaleza, rindo culto á esos tipos que son el ideal de artistas y poetas, no vacilando en conceder puesto privilegiado en nuestra galería de «Inmortales» á las arrogantes hermosuras del mundo americano.

Tracemos ahora el marco que ha de encerrar el bellissimo retrato de Inés Springer.

La conocí en Nueva-York, cuando la hechicera joven vestía ya el traje largo y el cuerpo ceñido, que dibujaba el gallardo busto, aún no completamente desarrollado, y el talle esbelto, que tenía y tiene las ondulaciones de la palmera tropical.

El todo típico de Inés se completa moralmente por la dulzura de carácter, por la encantadora modestia y por la sencillez, compañera inseparable de la joven en todos los actos de su vida.

Obsérvese en su perfil, algo de altivo: es porque su gentil cabeza, se

destaca en la esbeltez del cuello y sobre la garganta admirable. Sus ojos pueden calificarse de soñadores; tienen ese color indefinible, entre garzos y azules, que con una mirada aseguran su triunfo.

La boca es adorablemente hermosa.

Inés Springer nació en Cuba, en la ciudad de los Dos Ríos; las brisas de las playas cubanas y el murmullo de las ondas serenas del Yumurí arrollaron su cuna; bajo aquel cielo, siempre limpio y azul, se deslizaron sus primeros años, entre los halagos maternos y la paz del hogar, el cual recordaba la vida señorial de los barones de Springer que allá en Suecia tuvieron torreón feudal.

Aún existen, entre riscos y malezas, las ruinas del antiguo castillo de aquellos nobles suecos; uno de ellos se trasladó, por los años de 1645, al Delaware, donde ya existía una colonia fundada por compatriotas. Allí se radicó la primera familia Springer que tanto debía señalarse en la famosa lucha de independencia norteamericana:

Un abuelo de Inés soportó con heroísmo las terribles dificultades de aquel famoso invierno de 1776, cuando el ejército independiente hubo de luchar contra el rigor del frío, de la nieve, de la escasez de viveres y de la desnudez, y á la vez contra el enemigo tenaz que todo lo esperaba de la estación más ruda y cruel que habían registrado las crónicas.

También, si mal no recuerdo, tomó parte en la célebre batalla de las noches de Navidad, en la que Washington, arrastrando la copiosa nevada y el granizo, atravesó el río Delaware y, cayendo de improviso sobre el campo enemigo, obtuvo la victoria más completa.

La sangre generosa de los Springer regó los campos de la patria, compartiendo con su ínclito caudillo los azares de la guerra, las penalidades de la contienda prolongada, así como también los bélicos triunfos obtenidos y, por último, la gloria de la emancipación, no desmintiendo jamás lo heroico de su linaje ni lo esclarecido de su estirpe.

Los Estados Unidos conquistaron el rango de nación y la noble familia Springer alcanzó la recompensa de sus altos patrióticos servicios.

Años después y durante largo tiempo, fué la risueña isla de Cuba país elegido por los padres de Inés para su residencia.

La madre era bellissima matrona y la joven Springer ha tenido el privilegio de heredar con sus gracias, la nobleza de

su alma y lo característico de la raza. Bien á las claras se manifiesta en Inés la riqueza de la presente generación sajona que, compuesta de razas diferentes, ha constituido la suya, dotada espléndidamente, robusta, saludable, vigorosa y que, en la mujer, ha llegado á disputar á la francesa, la gracia y la coquetería que anteriormente era privilegio de la parisienne.

La dama norteamericana ha hecho caso omiso de la moda, bien al contrario de la dama española que se sujeta á ella por rara ó incómoda que sea.

Siguiendo su capricho, viste con elegancia irreprochable, arregla su abundante cabellera con artístico buen gusto y procura cautivar por la conversación ya amena y animada, ya profunda é interesante.

Luce en los salones por la gallardía de su porte, por lo correcto de su atavío, por la sencillez de su traje.

Tiene todas las inspiraciones del artista de corazón y de talento. En bellísimos cuadros, ejecutados por su hábil pincel, campean los detalles que el arte ha señalado, como delicadísimo relieve del conjunto.

Siente la música, la expresa en el piano; traduce el pensamiento de los grandes maestros y la embarga el arrobamiento y el deleite ante las grandes creaciones musicales.

Tales son las condiciones, tal es el tipo de la mujer nacida en Boston, en Nueva York ó en Washington.

Tal es el retrato de cuerpo entero de Inés Springer.

LA BARONESA DE WILSON



APUNTE; por A. MÁS Y FONTDEVILA.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

(Conclusión) (1)

Comprendo que la ira es un pecado—contestó—y si es ira lo que siento en estos momentos, me debe ser perdonada por Dios y por usted, porque no va dirigida más que contra mí mismo. ¿Ve usted que, aun cuando no está bien que yo lo diga, procuro dar ejemplo á mis feligreses?

—Y lo da usted, indudablemente—le dije, tanto por creerlo así, como por calmarle.

—¡No es mal ejemplo, zapateta! Pero bien sabe Dios que no lo he hecho con intención. ¿Cómo había de hacerlo, y en el confesionario? Pero amigo don Carlos; en este mundo, el que no corre es porque vuela, y no parece sino que los hombres nacen ya con alas. Pues verá usted: el año pasado, por Pascua Florida, que es cuando hay más trabajo en el confesionario, el tío Cosca, el posadero que habrá usted visto que hay á la entrada del pueblo, conforme se viene por la carretera Real, á mano derecha, fué á cumplir con la iglesia, como yo tengo mandado á todos los vecinos. Pues bien; como yo sé que el tío Cosca tiene sus mañas para hacer una buena hucha á costa de trajinantes y arrieros y el hombre cree que nada de eso es pecado y no lo confesaba, tuve que irle confesando poco á poco. Las mujeres todo lo charlan, pero los varones se figuran que en nada faltan con lo que hacen. De modo que tenía yo que interrogarle: —¿Has hurtado algo á tus huéspedes? —No padre, me respondía. —¿Has oído misas todos los domingos? —Ninguno, padre. —¿Has deseado la mujer de tu prójimo? —Únicamente las guapas, padre. —¿Has untado con sebo los dientes de las caballerías de tus parroquianos para que no puedan comer cebada? —No padre, nunca. —Y... ¿para qué seguí? Sería faltar al secreto de la confesión. Esta mañana, la posadera me llamó á escape y corriendo porque el tío Cosca se moría y quería hacerlo como cristiano... Efectivamente, lié los bártulos y di con mis huesos en la alcoba donde agonizaba ó poco menos el posadero. Quiso que le confesara y así lo hice, con arreglo al interrogato-

(1) Por un lamentable error de compaginación, este artículo quedó incompleto en el número anterior; subsanamos en lo posible la falta, publicando la conclusión del mismo, desde el principio del párrafo truncado.



APUNTE; por A. MÁS Y FONTDEVILA.

rio acostumbrado: —¿Has hurtado algo? —No padre. —¿Has jurado? —Alguna que otra vez. —¿Has santificado las fiestas? —En la taberna, padre. —¿Has untado con sebo los dientes de las caballerías? —Sí padre... á todas las que han venido á la posada. —¡Bonito modo de enmendarse, tío Cosca, —le dije. —El año pasado no untaba los dientes de las bestias, y después sí... ¡Vaya una contrición! —A lo que el moribundo me replicó con tono más zumbón de lo que era propio en tal caso:

—Es que hasta que usted, padre, me enseñó esa maña, ¡yo no la sabía!...

C. OSSORIO Y GALLARDO



LA TRADICIÓN

CÉLEBRE ESCULTURA DE AGUSTÍN QUEROL

RIÑA DE VIEJOS

Al sol de estío un zagal
afrentó, de amores ciego:
—¿Qué mortecino es tu fuego,
viejo marchito y glacial!
Ante el sol de mi cariño
¿qué es tu llama? ¡niebla fría!—
¡Bien pinta la alegoría
al viejo Amor siempre niño!
Abrás la indignación

á Febo y, con gesto airado,
contra el pobre ensomorado
fulminó una insolación.
Mas el mundo embaucador
le creyó muerto de amores
¡y dió el Sol con sus furoros,
un nuevo triunfo al Amor...!

JUAN ARZADUN